

IIII

DISCURSOS DE INGRESO DE  
ACADÉMICOS NUMERARIOS

Boletín  
Real  
Academia  
de  
Córdoba



# PROMETEO ENCADENADO: FUEGO Y MEDITERRÁNEO

María del Sol Salcedo Morilla

Académica Numeraria

Discurso de ingreso como Académica Numeraria pronunciado el día 9 de noviembre de 2023

## RESUMEN

### PALABRAS CLAVE

Prometeo.  
Titán.  
Fuego.

*Prometeo encadenado*, atribuida a Esquilo, es la única de sus obras de las que se conservan íntegras, que presenta dudas sobre su autoría. En cualquier caso es una obra y un tema que sorprenden por su modernidad en los conceptos y las expresiones. La historia del titán Prometeo ha sido fuente de inspiración para escritores, escultores y cineastas, por contraponer sus tremendas torturas, rechazadas y, al mismo tiempo, fatalmente aceptadas, para beneficiar a la humanidad.

## ABSTRACT

### KEYWORDS

Prometheus.  
Titan.  
Fire.

*Prometheus in Chains*, attributed to Aeschylus, is the only one of his plays that has been preserved in its entirety that raises doubts as to its authorship. Anyway, it is a work and a theme that are surprisingly modern in their concepts and expressions. The story of the titan Prometheus has been a source of inspiration for writers, sculptors and film-makers, as it contrasts his tremendous tortures, rejected and, at the same time, fatally accepted, to benefit humanity.

Excelentísimo Señor Presidente y Junta Directiva de esta Real Academia.

Dignas Autoridades.

Ilustre Cuerpo Académico.

Querida familia.

Amigas y amigos.

Señoras y señores:

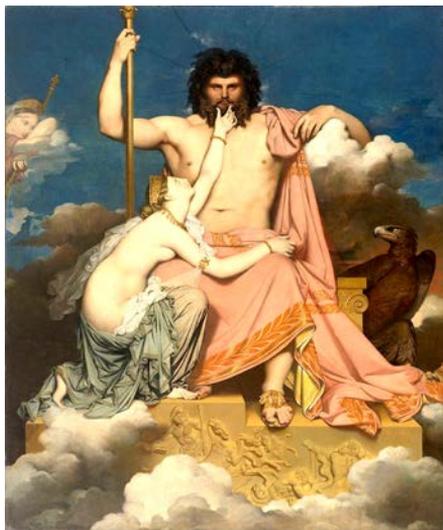
Gracias. Gracias. Gracias. Por este nombramiento que me hace tan feliz. Gracias a los tres académicos numerarios que avalaron mi propuesta: D. Joaquín Criado Costa, D. Antonio Cruz Casado y D. Bartolomé Valle Buena-

do. Gracias a los académicos que votaron mi candidatura y gracias a los que, aun sin votar, me apoyaron y me animaron a presentarla. Gracias a todas las personas que hoy se hallan presentes en este Salón de Columnas del Edificio «Pedro López de Alba». Y gracias, por último, a D. Alfonso Porras de la Puente y a D. Andrés Quesada, que han acompañado mi caminar hasta esta mesa y al corazón de la Academia.

Debo confesar, y es justo que ustedes lo sepan, la emoción que ha ido creciendo en mí a medida que se acercaban este día y este momento, pero no quiero detenerme demasiado en ella, porque mi deseo es entretener o divertir, y no me agradaría que me pese tanto como para llegar a las lágrimas y terminar dando un espectáculo fuera de programa, pero aún tengo que nombrar a tres personas más: Don Joaquín Mellado Rodríguez, de cuya sabiduría y hombría de bien quedó constancia en cuantos le conocimos. Con humildad, a partir de hoy, procuraré honrar como numeraria la vacante ocasionada por su fallecimiento. Probablemente, mi Discurso de Ingreso como Académica Numeraria sería de su agrado, ya que una de sus líneas de investigación fue la mitología clásica y su recepción en la cultura occidental.

Otro recuerdo ineludible es el de mi madre, cuyas posibilidades físicas, inferiores a la claridad y agilidad mental que conserva, le han aconsejado quedarse en casa. Y por fin, el recuerdo, más presente cuanto más ausente, de mi padre, Miguel Salcedo Hierro, que también fue Académico Numerario de esta Casa. De él heredé esta medalla, que ha salido de la vitrina donde estaba guardada para ser testigo de mi ingreso. Ahora puedo usarla de pleno derecho.

Hasta el mes de julio de 1980, *Prometeo encadenado* no era para mí más que la simple lectura en la retahíla memorística de las obras teatrales de Esquilo, pero en julio de 1980 formó parte, junto a otras, de las obras representadas en el XXII Festival de Teatro Grecolatino del Teatro Romano de Málaga. Tuve la suerte de participar en ella como actriz de reparto interpretando el papel de Metis, primera de las esposas de Zeus, hija de Océano y Tetis. Fue entonces cuando me interesé por el mito de Prometeo, uno de los titanes o dioses antiguos, anteriores a los olímpicos. Prometeo no es caprichoso, ni cruel ni vengativo como los otros dioses, sino que es amigo y benefactor de los mortales. De hecho, su encadenamiento se produce como castigo impuesto por Zeus al haber dado el fuego de los dioses a los seres humanos, ya que lo que pretendía Zeus era que desapareciese la raza humana y sustituirla por otra nueva más de su agrado.



Zeus



Prometeo

De Esquilo se conservan siete obras íntegras: *Los persas*, *Los siete contra Tebas*, *Las suplicantes*, *Agamenón*, *Las cóeforas*, *Las Euménides* y *Prometeo encadenado*. Pues bien, esta última —que constituye la primera parte de una trilogía— presenta dudas sobre su autoría. De las otras dos —*Prometeo liberado* y *Prometeo portador del fuego*— sólo quedan fragmentos. Ahora bien, sea quien fuere el autor, lo cierto es que sorprende por la modernidad de algunos conceptos como la ingratitud y el injusto abuso de poder, que inmediatamente conectan con el público, dos mil cuatrocientos años después de haber sido escrita.



De izquierda a derecha: «El castigo de Prometeo», de Rubens (1612), «Prometeo encadenado por Vulcano», de Dirk van Baburen (1623) y «Prometeo lleva el fuego a la humanidad», de Heinrich Friedrich Füger (1817).

La simpatía y la empatía que produce el personaje han provocado otras producciones literarias, como *La estatua de Prometeo: comedia famosa*, de Pedro Calderón de la Barca. Y producciones pictóricas, como «El castigo de Prometeo», de Rubens (1612), «Prometeo encadenado por Vulcano» —que es el nombre romano de Hefestos— de Dirk van Baburen (1623), o «Prometeo lleva el fuego a la humanidad», de Heinrich Friedrich Füger (1817).

En la actualidad, ha servido de inspiración para poner nombre a la película de ciencia-ficción «Prometheus», dirigida por Ridley Scott, que a su vez es el nombre de la nave espacial que explora el espacio en busca de los orígenes de la humanidad. Esta película se considera una precuela de «Alien el octavo pasajero», que el mismo director estrenó en 1979. Y en el título de otra película, el drama sureño «Django desencadenado», dirigida por Quentin Tarantino, también se percibe cierta inspiración, juegos, por otra parte, a los que Tarantino es muy aficionado.

Los teatros griegos y los romanos se parecen bastante a primera vista. Una de las diferencias es que los griegos aprovechan las laderas de las colinas para la construcción de las gradas y los romanos pueden construirse en llanos y elevar las gradas mediante columnas y arcos. Otra diferencia es que en los griegos la parte correspondiente a la orquesta es grande y circular, como corresponde a la importancia del coro, que actúa en ella, y en los romanos es semicircular.

El estado del teatro romano de Málaga, en el año 1980, era bastante ruinoso y, sobre todo, con gran parte oculta bajo la Casa de la Cultura —ironías de la arquitectura— que se había construido encima. El posterior derribo de ésta ha permitido recuperar bastante, pero en aquel momento la orquesta era casi inexistente y el escenario exiguo. Con estas condiciones, el director de la obra, Oscar Romero, concibió el decorado como una montaña, simbolizando el cerebro de Prometeo, de cuyo interior iban saliendo los componentes del coro y el resto de los personajes. Encima de la montaña, Prometeo, por orden de Zeus, encadenado de principio a fin.

Empecemos por decir que Prometeo, según la genealogía más aceptada, hijo de Jápeto y de una oceánide, pero según Esquilo o el autor desconocido, hijo de Temis, había engañado a Zeus dos veces: Para realizar el sacrificio de un buey, puso por una parte la piel, la carne y las vísceras y las metió dentro de su vientre, y por otro lado puso los huesos y los cubrió de

grasa. Después le dio a elegir a Zeus. El montón que él no quisiera, sería para los mortales. Zeus eligió el montón cubierto de grasa, creyendo que debajo estaría la carne; cuando vio que estaban los huesos se encolerizó, y prohibió a los seres humanos que se quedaron con la carne, mientras ofrecían los huesos en sacrificio a los dioses, el uso del fuego.

Pero Prometeo lo engaña de nuevo, porque sube al Olimpo, coge el fuego del carro de Helios y de la fragua de Hefestos, lo mete en el tallo de una cañaheja, que arde lentamente, y se lo entrega a los seres humanos. Él mismo, ya encadenado, lo explica de esta manera al coro, mientras que las océanides han llegado en un carro alado, cosa que a nadie podía extrañar, porque los teatros griegos contaban con maquinarias y grúas que podían llevar a cabo estos efectos especiales. Y así habla Prometeo:

Tan pronto empezaron a airarse los dioses y a levantarse entre ellos en discordia -porque los unos querían derrocar a Crono de su poder, con el fin de que Zeus reinara, mientras que otros, por el contrario, ponían su interés en que nunca Zeus tuviera imperio sobre los dioses- yo decidí convencer de lo mejor a los Titanes, a los hijos de Urano y Tierra, pero no pude. Con su forma de pensar violenta despreciaron mis sutiles recursos, y creyeron que por la fuerza, sin dificultad, se harían los amos. Pero mi madre -Temis y Tierra, única forma con muchos nombres- más de una vez había predicho de qué manera se cumpliría el porvenir: que no debíamos por la fuerza ni con violencia vencer a quienes se nos enfrentaran, sino con engaño.

Cuando con mis palabras, yo les expuse tal predicción no se dignaron siquiera a considerarlo. Me pareció entonces que, en esas circunstancias, era lo mejor tomar a mi madre como aliada y de grado ponerme de parte de Zeus, que lo deseaba; y, por mis consejos, el tenebroso, profundo abismo del Tártaro, cubre al viejo Crono y a sus aliados. Y después que el rey de los dioses obtuvo de mí tal beneficio, me ha recompensado con este castigo cruel. Sí, en cierto modo ése es un mal de la tiranía: no confiar en los propios amigos.

Lo que me preguntáis, la causa que me atormenta, os la aclararé. Tan pronto como él se sentó en el trono que fue de su padre, inmediatamente distribuyó entre las distintas deidades diferentes fueros, y así organizó su imperio en categorías, pero no tuvo para nada en cuenta a los infelices mortales; antes al contrario, quería aniquilar por completo a esa raza y crear otra nueva. Nadie se opuso a ese designio, excepto yo. Yo fui el atrevido que libré a los mortales de ser aniquilados y bajar al Hades. Por ello, estoy sometido a estos sufrimientos, dolorosos de padecer, compasibles cuando se ven. Yo,

que tuve compasión de los mortales, no fui hallado digno de alcanzarla yo mismo, sino que sin piedad de este modo soy corregido, un espectáculo que para Zeus es infamante.

Hice que los mortales dejaran de andar pensando en la muerte antes de tiempo. Puse en ellos ciegas esperanzas. Y además de esto les concedí el fuego. Gracias a él aprenderán numerosas artes. Por esos delitos Zeus me martiriza y en modo alguno afloja mis males. Bien sabía yo todo eso. De grado falté. No voy a negarlo. Por ayudar a los mortales, encontré para mí sufrimientos. Sin embargo, no me imaginaba que habría de consumirme en este roquedal escarpado, en esta desierta cima rocosa.

Las oceánides bajan del carro, y Océano, su padre, otro titán que personificaba el océano mundial, que los griegos concebían como un gran río que circundaba el mundo, llega también en otro carro tirado por un grifo (animal mitológico mezcla de águila y león). Océano viene a compadecerse de él, a consolarle y a aconsejarle diciéndole esto:

[...] ajusta tu forma de ser a nuevas maneras, pues, entre los dioses hay también un rey nuevo. Si sigues así, profiriendo ásperas y punzantes palabras, quizá, aunque tenga lejos su sede, más alto que tú, Zeus te oiga, con la consecuencia de que la tortura ahora presente de tus dolores podrá parecerte que es un juego de niños... depón la cólera que ahora tienes y ponte a buscar la liberación de tus sufrimientos... Penas de esta clase suelen ser el fruto de una lengua en exceso altanera... Nunca has sido humilde, ni tampoco cedes ante la desgracia, sino que quieres agregar otros nuevos a los males presentes... No des coces contra el aguijón. Mira que el monarca es severo y que ejerce el poder sin necesidad de rendirle cuentas a nadie. ¿No sabes muy bien, a pesar de tu mucha sabiduría, que a una lengua imprudente se le aplica siempre el castigo?

Que traducido a lenguaje actual vendría a decir: ¡Cállate y no protestes más, que como se entere Zeus, va a ser peor! Y tiene toda la razón, porque, aunque Esquilo no hace hincapié en este asunto, a Prometeo, además de estar encadenado, lo visita un águila todos los días para devorarle el hígado. (Este castigo es una interpretación inversa de las entrañas de las aves para conocer el destino. Zeus, desentrañando a Prometeo, está buscando conocer la entraña de la profecía. Es su propio sacrificio). Y como Prometeo es inmortal, también todos los días se le regenera el hígado. A pesar de estos sufrimientos, todo su comportamiento está presidido por la aceptación de la fatalidad. Él se queja, llora, protesta, pero no intenta libe-

rarse, entre otras cosas, porque también posee el don de la adivinación y sabe cómo, cuándo y por quién será liberado. No obstante, Océano quiere ayudarlo y tiene el propósito de interceder ante Zeus, pero Prometeo le hace desistir de ello, no vaya a ser que Océano también acabe siendo castigado.



Escultura griega del dios del Océano. Roma.

Cuando se marcha Océano, Prometeo continúa relatando las causas de su infortunio:

Oídmelas penas que había entre los hombres y cómo a ellos, que anteriormente no estaban provistos de entendimiento, los transformé en seres dotados de inteligencia y en señores de sus afectos... En un principio, aunque tenían visión, nada veían, y, a pesar de que oían, no oían nada, sino que, igual que fantasmas de un sueño, durante su vida dilatada, todo lo iban amasando al azar.

No conocían las casas de adobes cocidos al sol, ni tampoco el trabajo de la madera, sino que habitaban bajo la tierra, como las ágiles hormigas, en el fondo de grutas sin sol.

No tenían ninguna señal para saber que era el invierno, ni de la florida primavera, ni para poner en seguro los frutos del fértil estío. Todo lo hacían sin conocimiento, hasta que yo les enseñé los ortos y ocasos de las estrellas, cosa difícil de conocer. También el número, destacada invención, descubrí para ellos, y la unión de las letras

en la escritura, donde se encierra la memoria de todo, artesana que es madre de las Musas (con metonimia: en el mito las Musas son hijas de Memoria y de Zeus). Uncí el primero en el yugo a las bestias que se someten a la collera y a las personas, con el fin de que sustituyeran a los mortales en los trabajos más fatigosos y enganché al carro el caballo obediente a la brida, lujoso ornato de la opulencia. Y los carros de los navegantes, que dotados con alas de lino, surcan errantes el mar, ningún otro que yo los inventó.

Y después de haber inventado tales artificios –¡desdichado de mí!– para los mortales, personalmente no tengo invención con la que me libre del presente tormento... Más te extrañarás si oyes lo que falta: qué artes y recursos imaginé. Lo principal: si uno caía enfermo, no tenía ninguna defensa, alguna cosa que pudiera comer, untarse o beber, sino que por falta de medicina, se iban extenuando, hasta que yo les mostré las mixturas de los remedios curativos con los que ahuyenta toda dolencia. Clasifiqué las muchas formas de adivinación y fui el primero en discernir la parte de cada sueño que ha de ocurrir en la realidad.

Les di a conocer los sonidos que encierran presagios de difícil interpretación y los pronósticos contenidos en los encuentros por los caminos.

Definé con exactitud el vuelo de las aves rapaces: cuáles son favorables por naturaleza y cuáles siniestros; qué clase de vida tiene cada una, cuáles son sus odios, sus amores y compañías, la ternura de sus entrañas y qué color debe tener la bilis para que sea grata a los dioses, y la varia belleza del lóbulo hepático.

Encaminé a los mortales a un arte en el que es difícil formular presagios, cuando puse al fuego los miembros cubiertos de grasa y el largo lomo. Hice que vieran con claridad las señales que encierran las llamas, que antes estaban sin luz para ellos. Tal fue mi obra.

Bajo la tierra hay metales útiles que estaban ocultos para los hombres: el cobre, el hierro, la plata y el oro. ¿Quién podría decir que los descubrió antes que yo? Nadie –bien lo sé– a menos que quiera decir falsedades.

En resumen, apréndelo todo en breves palabras: los mortales han recibido todas las artes de Prometeo.

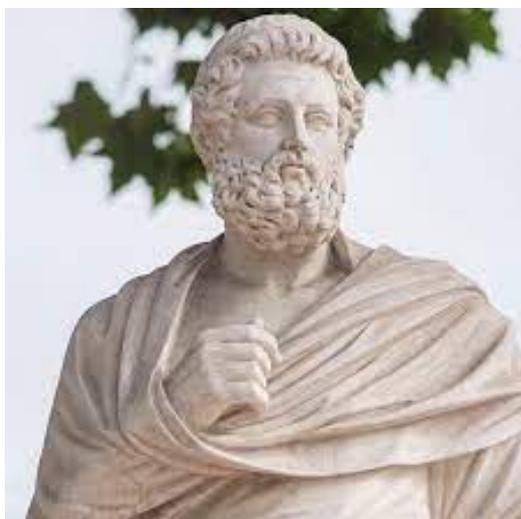
Volvamos a la importancia del fuego.

## 1. QUEMAR LA GRASA EN TROYA

*Ilíada*. Canto IX, 205. Aquiles está en compañía de Ulises, Áyax, Patroclo y Automedonte, su auriga. Entre sus amigos más caros, improvisa una comida de carne y vino, que él mismo prepara:

En un tajón que acercó a la lumbre puso los lomos de una oveja y de una pingüe cabra y la grasa espalda de un suculento jabalí. Automedonte sujetaba la carne; Aquiles, después de cortarla y dividirla, la espetaba en asadores; y el meneciada (Patroclo), varón igual a un dios, encendía un gran fuego; y luego, quemada la leña y muerta la llama, extendió las brasas, colocó encima los asadores asegurándolos con piedras y sazonó la carne con la divina sal. Cuando aquélla estuvo asada y servida en la mesa, Patroclo repartió pan en hermosas canastillas; y Aquiles distribuyó la carne, sentóse frente al divino Ulises, de espaldas a la pared, y ordenó a Patroclo, su amigo, que hiciera la ofrenda a los dioses. Patroclo echó las primicias al fuego.

Nos ha llegado intacta la receta seguida por Aquiles para preparar carne a la brasa. La leña debe quemarse, pero la llama debe morir. Y cuando ya sólo hay brasa, se colocan sobre la misma espetos de carne, que entonces se sazona con sal. Es esta la técnica eficiente que puede imaginarse en un cazador o un militar. Lomos de oveja y cabra, espalda de jabalí, sal y pan. Se sirve vino. Antes de comer, se echan al fuego las primicias, como ofrenda a los dioses.



Homero

Este mecanismo de sacrificar y comer aparecerá en la *Ilíada* frecuentemente. En el Canto 1 (59) se sopesa apaciguar a Apolo con la quema en su honor de grasa de corderos y cabras escogidas. En el mismo Canto (312), se sacrifican finalmente «junto a la orilla del estéril mar hecátombes 100 reses vacunas) perfectas de toros y de cabras en honor de Apolo. El vapor de la grasa llegaba al cielo, enroscándose alrededor del humo».

En el Canto IV, 31, Zeus discute con Hera, diciéndole que Ílio era su ciudad preferida, y que su «altar jamás careció en ella del alimento debido, libaciones y vapor de grasa quemada; que tales son los honores que se nos deben». Tal cosa se debe a los dioses, según el más grande de ellos: libaciones y vapor de grasa quemada.

En el Canto VIII, 228, Agamenón, animado por Hera, arenga a los aqueos y clama a Zeus:

Padre Zeus! ¿Hiciste sufrir tamaña desgracia y privaste de una gloria tan grande a algún otro de los prepotentes reyes? Cuando vine, no pasé de largo en la nave de muchos bancos por ninguno de tus bellos altares, sino que en todos quemé grasa y muslos de buey.

Más adelante, Canto VIII, 358, Atenea, molesta con su padre Zeus, anticipa grave mal a los troyanos, mientras se arma:

Quiero ver si el hijo de Príamo, Héctor, el de tremolante casco, se alegrará cuando aparezcamos en el campo de la batalla. Alguno de los troyanos, cayendo junto a las naves aqueas, saciará con su grasa y con su carne a los perros y a las aves.



Aquiles

Sucediendo en el pasaje que se trata al enemigo como sacrificio, siendo la maldición que lo que habría de haber llegado a los dioses llega al estómago de perros y aves. Su grasa y su carne. En el Canto XXIII, 179, Aquiles, enloquecido por la muerte de Patroclo, dice junto a su pira que el cuerpo de Héctor no lo entregará a la hoguera, sino a los perros. Repite la amenaza de Atenea, pero sin éxito, porque (184), «los canes no se acercaron a Héctor. La diosa Afrodita, hija de Zeus, los apartó día y noche, y ungió el cadáver con un divino aceite rosado para que Aquiles no lo lacerase al arrastrarlo».

Regresemos al Canto VIII. Tras una arenga de Héctor (542), los troyanos «sacaron pronto de la ciudad bueyes y pingües ovejas, y de las casas pan y vino, que alegra el corazón, y amontonaron abundante leña. Después ofrecieron hecatombes perfectas a los inmortales, y los vientos llevaban de la llanura al cielo el suave olor de la grasa quemada».

Este concreto sacrificio fue rechazado por los dioses, porque se les había hecho ya odiosa Troya. Significa que los dioses pueden no aceptar lo que se les sacrifica y que por tanto hay un límite a lo que puede apaciguarse en ellos, contradiciendo la meliflua opinión de Fénix, en el Canto IX, 434, cuando para apaciguar a Aquiles «los dioses mismos se dejan aplacar, no obstante su mayor virtud, dignidad y poder. Con sacrificios, votos agradables, libaciones y vapor de grasa quemada los desenojan cuantos infringieron su ley y pecaron».

En el Canto XI, 816, Patroclo dice a Eurípilo:

¡Ah infelices caudillos y príncipes de los dánaos! ¡Así debíais en Troya, lejos de los amigos y de la patria tierra, saciar con vuestra blanca grasa a los ágiles perros!

Y en el Canto XIII, 824, Héctor espetará a Ayante exactamente la misma amenaza que Atenea formula en el VIII:

Tú también serás muerto entre ellos si tienes la osadía de aguardar mi larga pica: ésta te desgarrará el delicado cuerpo; y tú, cayendo junto a las naves aqueas, saciarás a los perros de los troyanos y a las aves con tu grasa y tus carnes.

No es una amenaza singular, porque privar del respeto al cadáver y su adecuado tratamiento (la pira, el vino negro para apagarla, llorar el cadáver colocado en un lecho) se repite a lo largo del texto. Aquiles, en el Canto XXI, 122, cuando está ejecutando a Licaón, le dice que arrojará su cuerpo al mar, para que algún pez se coma su blanca grasa. Que no servirán los sacrificios troyanos de toros y caballos. Y más adelante en este Canto, 200, Aquiles mata a Asteropeo y abandona su cuerpo en la arena. Al cubrirlo el agua, «anguilas y peces acudieron a comer la grasa que cubría los riñones».

Tantos cadáveres va arrojando al río que el río, transfigurado en hombre, le pide que mate en el llano y no en él, porque le está obstruyendo el cauce.

El sacrificio humano no parece principal, pero existe. Se está castigando e injuriando con el mismo mecanismo de quemar la grasa. No hay vapor

de la misma, no se quema, pero de su profanación se extrae cierta complacencia, como Atenea en el Canto VIII. Andrómaca, a la muerte de Héctor, pronuncia un hermoso y terrible discurso (Canto XXII, 450 en adelante) en el que enumera las injurias que ha de sufrir un huérfano, y la dureza que aguarda a su hijo, Astianacte, ahora que su padre ha muerto: «Volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano Astianacte, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre, sólo comía médula y grasa pingüe de ovejas». Astianacte, algo siniestramente, se alimentaba como un dios, y él mismo, en algunas versiones, es sacrificado para conseguir vientos favorables.

Es posible desde luego sacrificar más cosas, pero como un extra, como una promesa adicional, y no necesariamente a los dioses. En el Canto XXIII, 138, Aquiles explica que su padre había hecho voto al dios-río Esperqueo de que él, Aquiles, al volver de Troya, se cortaría la cabellera en su honor, y sacrificaría para él cincuenta carneros. Sin embargo, se corta el pelo y lo pone en manos de Patroclo, en la pira.

La grasa tiene un aspecto ritual adicional. Los huesos de Patroclo son recogidos, encerrados en una urna de oro y «cubiertos por doble capa de grasa», como se describe en el Canto XXIII, 236.

## 2. SACRIFICIOS: ORDEN Y MÉTODO

Los antiguos griegos eran un pueblo racional. Cuando decimos antiguos, no hablamos de un pueblo tan antiguo que considerara contemporáneo el mundo mitológico o épico. En una excavación en Micenas apareció un anillo con el nombre de un rey escrito en jeroglíficos, que resultó ser el predecesor de Akhenaton, el gran reformador egipcio. Este rey vivió en torno al año 1400 a.C. Teniendo en cuenta que la *Iliada* se compuso probablemente en el siglo VIII a.C., Homero hablaba de unos hechos ocurridos, en lo que verdaderamente tuvieran de histórico, esto es, la efectiva destrucción de Troya, ocurridos seiscientos años antes de su obra. Es como si un autor actual escribiera una versión de la Guerra de los Cien años. A su vez, Esquilo escribe casi cuatrocientos años después de Homero. Homero escribiendo de Troya es para Esquilo lo que sería para nosotros Cervantes escribiendo de Abderramán III.

Esquilo, combatiente en la batalla de Maratón, está tan lejos de una supuesta edad heroica de Grecia como nosotros de la Batalla de Atapuerca o la coronación de Fernando I de León como *Imperator totius Hispaniae*. Y es

importante no perder de vista esta perspectiva, porque significa que en el momento de escribirse *Prometeo encadenado* la religión griega es ya una cuestión racional. Al morir Esquilo, Sócrates tenía ya cumplidos catorce años. Y en esta época cuando se pide ayuda al oráculo de Delfos, el oráculo de Delfos envía al que pregunta a hablar con Sócrates.

El consejo de lo sobrenatural es preguntar a un filósofo, no a un sacerdote. Como explica Edith Hamilton:

El griego mantenía su religión en un compartimento y todo lo que de verdad le importaba, en otro. Nunca iba a pedir consejo o guía a un sacerdote. Si quería saber cómo criar a su hijo o qué era la Verdad, iba a ver a Sócrates, o al gran sofista Protágoras, o a un gramático erudito. La idea de consultar a un sacerdote jamás se le habría ocurrido. Los sacerdotes podrían decirle los momentos y formas adecuados de hacer sacrificios. Ese y sólo ese era su negocio.

O como dirá Héctor, en el Canto XII, 243: El mejor augurio es luchar por la patria.

Debe entenderse que la religión griega no está compuesta por sacerdotes, sino por poetas. No es una religión para morir, como la hebrea o la egipcia. Es una religión para vivir. Y debe entenderse que tras cada mito hay una decisión racional en época clásica, más o menos descriptiva; y que si bien la tendencia a utilizar el mito de Prometeo como alegoría siempre resulta tentador, porque es un esquema muy adolescente—alegoría del martirio, de la rebeldía contra el tirano, del creativo contra el conformista—, Esquilo no maneja ni se rige por tales valores. Esquilo es griego, clásico, trabaja con una versión del mito en cuya elección ya hay una decisión creativa fundamental, y la obra no explora la oposición opresión contra heroísmo. Ni este tema es propiamente griego, por más que pueda aplicarse la alegoría de Prometeo correctamente en la comparación, ni Prometeo es un héroe, pese a la insistente clasificación de su mito bajo tal epígrafe en antologías y manuales. Prometeo es un titán, y en un ser de esa grandeza, como en los dioses o los casi divinos, no hay opresión. En su *Prometeo*, Esquilo trata la oposición entre el destino y la libertad.

Dirá Prometeo, a partir del verso 510, tras decir que él enseñó todas las artes a los hombres y responderle el Corifeo que cuando se libere de las cadenas tendrá un poder no menor al de Zeus:

Prometeo . — La Moira, que todo lo lleva a su fin, no ha decretado todavía que eso se cumpla de esa manera, sino que tras desgarrarme

en mil dolores y calamidades, escape entonces de estas cadenas. El arte es, con mucho, más débil que Necesidad.

Corifeo. — ¿Y quién dirige el rumbo de Necesidad?

Prometeo. — Las Moiras triiformes y las Erinis, que nada olvidan.

Corifeo. — Entonces, ¿es Zeus más débil que ellas?

Prometeo. — Así es, desde luego. Él no podría esquivar su destino.

Este diálogo es extraño, porque Prometeo no vuelve a expresarse en estos términos. Estamos probablemente ante la voz del propio Esquilo.

Esta razón, y esta abundancia de grasa y huesos en la *Ilíada*, nacen del mismo lugar. Los griegos, como en general en el mundo antiguo, sacrificaban para obtener el favor de los dioses. Pero su propia mitología auxilia el modo racional de hacerlo. No se desperdiciará una carne valiosa, no se provocará, por lo espiritual, un quebranto material. Se sacrificarán los desperdicios, grasa y huesos, pero entonces será necesario un respaldo religioso. Este fundamento es el mito de Prometeo. Prometeo permite al que sacrifica quedarse con una parte mejor que la de los dioses.

En esencia, se decide por los dioses que la humanidad debe realizar en su honor sacrificios. Sacrificar es un impuesto divino, una obligación de compartir la riqueza obtenida de la naturaleza. Prometeo, con fama de sabio y profeta, resolvió el inmediato problema: ¿qué parte toca a cada uno? Mató a un buey, separó carne y grasa, puso la primera dentro del desagradable estómago y la segunda sobre los huesos, cubierta de apetecible piel. Ambos platos se dan a elegir a Zeus, y Zeus elige el segundo. Así lo cuenta Hesíodo, protegiendo por cierto (*Teogonía*, 535) a Zeus, que parece ser que era consciente del engaño y más bien acepta el truco para beneficiar a la humanidad deliberadamente.

Es la forma griega de explicar su mundo mediante la mitología. Se da una solución racional —sacrificar la peor parte— y después se ajusta el mito. Prometeo es un personaje recurrente porque siempre que hay que explicar una técnica o un arte, es decir, cuando hay que responder a por qué las cosas se hacen como se hacen, o se sabe cómo hacerlas (garantizando cierto respeto y tradición), se responde: lo enseñó Prometeo.

Prometeo enseña porque, según la versión más popular, también la humanidad es de su creación. Prometeo moldea a los humanos con arcilla de Panoepa, cerca de Queronea, en Beocia. Una vez moldeados, Atenea les infunde vida. Esta extraña creación animal, viva sin su voluntad, por

acción de su hija predilecta, desnuda de cualquier atributo amenazante de otras bestias, pero sospechosamente erguida e igual a los dioses, por las manos de Prometeo, aliado amenazante y de incómoda fama de sabio, mucho más antiguo que él, no agradaba a Zeus. Por tanto, la priva de fuego.

Los griegos sabían que el fuego era el factor clave de su supervivencia. El fuego es el poder y la técnica. Pero hay algo más fundamental: el fuego permite asar la carne y cocinar alimentos nutritivos, de otro modo vetados a la humanidad. En palabras de Harari:

Pero lo mejor que hizo el fuego fue cocinar. Alimentos que los humanos no pueden digerir en su forma natural (como el trigo, el arroz y las patatas) se convirtieron en elementos esenciales de nuestra dieta gracias a la cocción. El fuego no solo cambió la química de los alimentos, cambió asimismo su biología. La cocción mataba gérmenes y parásitos que infestaban los alimentos. A los humanos también les resultaba más fácil masticar y digerir antiguos platos favoritos como frutas, nueces, insectos y carroña si estaban cocinados. Mientras que los chimpancés invierten cinco horas diarias en masticar alimentos crudos, una única hora basta para la gente que come alimentos cocinados.

El advenimiento de la cocción permitió que los humanos comieran más tipos de alimentos, que dedicaran menos tiempo a comer, y que se las ingeniaran con dientes más pequeños y un intestino más corto. Algunos expertos creen que hay una relación directa entre el advenimiento de la cocción, el acortamiento del tracto intestinal humano y el crecimiento del cerebro humano. Puesto que tanto un intestino largo como un cerebro grande son extraordinarios consumidores de energía, es difícil tener ambas cosas. Al acortar el intestino y reducir su consumo de energía, la cocción abrió accidentalmente el camino para el enorme cerebro de neandertales y sapiens.

Idea que ya plantea, vinculada a la inteligencia, Luís Martín-Santos en su novela *Tiempo de silencio*:

Esa cepa cancerosa comprada con divisas otorgadas por el Instituto de la Moneda. Traída desde el Illinois nativo. Y ahora, concluida. Amador sonrío porque alguien le habla por teléfono. ¿Cómo podremos nunca, si además de ser más torpes, con el ángulo facial estrecho del hombre peninsular, con el peso cerebral disminuido por la dieta monótona por las muelas, fabes, agarbanzadas leguminosas y carencia de prótidos?

Por lo tanto, Prometeo crea el ser humano, Atenea le da vida y Zeus le quita el fuego, obligándolo a comer como un animal. A esto se refiere Esquilo (299 y siguientes) con la aniquilación de la humanidad pretendida por Zeus.



Atenea

El método de aniquilación elegido bien podría ser la privación del fuego, condenando a los débiles humanos a ser víctimas de los depredadores. Este temor, necesariamente, es la semilla de la creación del mito. ¿Qué importa el engaño sobre los sacrificios a Zeus? No podrán comerse la carne los humanos. Y entonces Prometeo consume su traición. Da las artes y da el fuego, robado. En la versión más popular, manejada por Esquilo, el fuego lo roba de la fragua de Hefesto. Debe advertirse que este fuego, por su origen de la fragua divina, de la que salen las herramientas de los dioses (y las cadenas para Prometeo) es un fuego que representa la invención humana, dando un poder, a escala, similar al de los dioses. El fuego representa la inteligencia.

O tal vez representa, al decir que se ha liberado de bajar al Hades, la supervivencia del alma o el alma misma. Atenea da vida, como tiene vida un perro o un gusano. El fuego

es la inmortalidad, en ese sentido «robada» a los dioses también. Y con él la muerte, inevitable, deja de temerse y se supera como castigo o defecto. Volveremos sobre este punto.

Si optamos por la aniquilación de la humanidad, por parte de Zeus, mediante un diluvio, Prometeo también la frustra indirectamente. Porque al estilo de Noé, Prometeo le pide a su hijo Deucalión que construya un cofre, en el que se embarque con su esposa, Pirra. Al cesar la lluvia, el

oráculo de Delfos (en ese momento propiedad de Temis, madre de Prometeo y abuela de Deucalión) les pide lanzar sobre sus hombros los huesos de su madre, cosa aparentemente imposible, que interpretan correctamente como lanzar piedras (huesos de Gea, la madre de todos y en algunas versiones incluso directamente de Prometeo). Así comenzaría la más inferior versión de la humanidad: la de los seres de piedra (no de oro o plata o bronce o hierro, como los anteriores), que repoblarán tras el diluvio.

Comenzamos a entender la importancia inmensa de Prometeo en lo máspreciado de los griegos: su ingenio. Comenzamos a entender el odio de Zeus. Porque Zeus no es todavía un poder asentado. Es un dios joven, ridiculizado por un titán más viejo e inteligente, que disfruta engañándolo y recordándole que su posición superior, que su nuevo orden, son accidentales. Lo denomina «uno de esos dioses nuevos», en el verso 440. Y a continuación Prometeo explicará en la obra de Esquilo, con detalle, qué ha dado a la humanidad. No incluye en el índice exhaustivo de logros el haberles dado el fuego, porque él no lo ha creado, sino robado. Es esto lo que Zeus puede por fin castigar, aunque los anteriores dones hirieran su orgullo. ¿Cómo reconocer por el castigo la superioridad intelectual de Prometeo? No. Todo ese conocimiento llevaría igual a la aniquilación de la humanidad. Pero el fuego permite a las personas ser sobrehumanas, y eso debe castigarse. Eso sí, es un desafío abierto contra su orden y su voluntad de que la humanidad perezca, a fin de crear él otra según su designio.

Prometeo conoce además un secreto que le granjea el odio de Zeus desde el principio. Zeus comprende, porque él ha destronado a Cronos y Cronos a Urano, que un hijo suyo ha de traer su caída. Zeus no sabía quién habría de ser la madre de tal hijo, un problema para él, que engendra y seduce prolíficamente. Prometeo sí lo sabe. Conoce tal secreto porque se lo ha revelado su madre, Temis, la vieja y poderosa diosa de la justicia, casi tan antigua como la creación. Prometeo sabe que el destino (¡ajá!) de la nereida Tetis es alumbrar un hijo más grandioso que Zeus. Tanto Zeus como Poseidón deseaban a Tetis, por lo que la solución, una vez revelado el secreto por Tetis o por Prometeo para liberarse, fue casarla con Peleo, que al ser mortal no podía engendrar un hijo inmortal. Engendró, sin embargo, a Aquiles.

En la *Iliada*, verso 358 del Canto VIII, dirá Atenea, contestando a Hera sobre por qué no puede castigar a Héctor, protegido por Zeus:



Tetis y Peleo

[...] y no recuerda cuántas veces salvé a su hijo abrumado por los trabajos que Eurísteo le había impuesto: clamaba al cielo, llorando, y Zeus me enviaba a socorrerlo. Si mi precavida mente hubiese sabido lo de ahora, no hubiera escapado el hijo de Zeus de las hondas corrientes de la Éstige, cuando aquél lo mandó que fuera a la mansión de Hades, de sólidas puertas, y sacara del Érebo el horrendo can de Hades. Al presente Zeus me aborrece y cumple los deseos de Tetis, que besó sus rodillas y le tocó la barba, suplicándole que honrase a Aquiles, asolador de ciudades.

Lo que debe hacernos pensar en un inmenso poder de Tetis sobre Zeus, que no salva a Aquiles, pero lo bendice enormemente y lo protege.

Lo sabemos por Esquilo, primero en su verso 757 y siguientes, en conversación con Ío, a la que tantea con el secreto que conoce:

Ío. — ¿Es, entonces, posible que Zeus caiga de su poder?

Prometeo. — Gozarás —creo— de ver tal suceso.

Ío. — ¿Cómo no, si sufro miserias por culpa de Zeus?

Prometeo. — En ese caso puedes alegrarte, convencida de que eso es así.

Ío. — ¿Quién lo despojará de su cetro tiránico?

Prometeo. — Él mismo, por la vanidad de sus decisiones.

Ío. — ¿De qué manera? Indícamelo, si no hay daño en ello.

Prometeo. — Celebrará una boda tal, que algún día la deplorará.

Ío. — ¿Con una diosa o con una mortal? Cuéntamelo, si puede decirse.

Prometeo. — ¿Por qué me preguntas con quién? No puede decirse en voz alta.

Ío. — ¿Tal vez su esposa lo va a echar del trono?

Prometeo. — Sí. Va a parir un hijo más fuerte que el padre.

Ío. — ¿Y no puede apartar de sí ese infortunio?

Prometeo. — No por cierto. Solamente yo lo puedo librar, una vez libre de estas cadenas.

Ío. — ¿Y quién va a soltarte, si Zeus se opone?

Prometeo. — Preciso es que sea uno de tus descendientes.

Ío. — ¿Cómo has dicho? ¿Que un hijo mío te va a liberar de tus sufrimientos?

Y posteriormente en el 907:

Prometeo. — La verdad es que Zeus, aunque ahora sea arrogante de espíritu, en el futuro va a ser humilde, según la boda que se dispone a celebrar, que lo arrojará de su tiranía y de su trono en el olvido. En ese momento se cumplirá plenamente la maldición que imprecó antaño su padre Crono, al ser derrocado de su antiguo trono. No existe dios que pueda mostrarle con claridad escapatoria de tales penas, excepto yo. Yo sí que lo sé y de qué manera.

### 3. EL CASTIGO

---

Queda revelada la inquina de Zeus contra Prometeo. Prometeo es inmortal y no puede morir, por lo que su castigo es especialmente doliente. Como inmortal tiene un linaje tan ilustre como el de Zeus. Es, como nieto de Océano, el primogénito de Urano y Gea; bisnieto de Urano. Zeus

es nieto de este segundo ser en existir, y nieto de Gea, el origen de todo. Gea es bisabuela de Prometeo. Esquilo hace decir a Prometeo, 960, al contestar a Hermes: «¿Te parece que yo tengo miedo y que estoy temblando de los nuevos dioses»? E insiste en que ha visto caer ya a dos tiranos de los alcázares que hacen a los dioses inmunes a todo dolor. Es decir, Esquilo nos plantea un Prometeo anterior a Zeus, que ha visto la caída de Urano y Cronos. Sin embargo, Hesíodo, que hace nacer a Prometeo de Jápeto y Clímene, parece establecer (500 y siguientes) en la *Teogonía* que Zeus libera a Jápeto, y entonces nace Prometeo.

En cualquier caso, Prometeo es castigado, tras robar el fuego, a quedar atado a una columna, en el Cáucaso, con irrompibles cadenas, y sufrir que un águila se coma su hígado. El hígado inmortal le crece de noche, y se repite el tormento. En *Prometeo liberado*, de la que sólo quedan fragmentos, Esquilo escribe que el águila acude cada 3 días (Fragmento 193, 10), lo que podría hacernos pensar que el verso 1024 (donde Hermes anuncia a Prometeo que, si no cede, el águila comenzará a devorar su hígado) de *Prometeo encadenado*, al decir, refiriéndose al ave, «...y día tras día vendrá —comensal no invitado— a devorar tu negro hígado» realmente podría entenderse como que el águila comería durante todo el día, en vez de diariamente. La audiencia, acostumbrada a la versión de Hesíodo (*Teogonía*, 523), habría entendido sin embargo que el águila comía todos los días, y que tanto como comía de su hígado, el centro de las pasiones para los griegos, crecería después de noche, regenerado por el titán.

Prometeo no cede. Se sabe inmortal y confía en su propia predicción: «Haga Zeus cuanto haga, (dirá,1052) no va a matarme». Se produce aquí una respuesta fantástica del coro. Porque Hermes le pide que se marchen, que abandonen de una vez a Prometeo o asuman que la ira de Zeus puede alcanzarles. Y entonces dice el Coro (1065 y siguientes):

Coro.- ¿Cómo se te ocurre incitarme a realizar una vileza? Con él quiero sufrir lo que haga falta, pues he aprendido a odiar a los traidores y no hay peste que aborrezca más que ésa.

No es el traidor Prometeo. ¿A quién odia por tanto el Coro? ¿Quién es, sí, traidor? Prometeo no es un mártir. Parece un mártir a la audiencia moderna, al lector moderno. Pero ningún personaje, con la excepción de Io, se compadece de él. Se ve así por su arrogancia, su soberbia o su estupidez. ¿«Cómo te van a ayudar los humanos a los que has ayudado?», le pregunta la Fuerza al comenzar la obra. Y las oceánides: ¿«No ves que te has equivocado»? (261).

Posiblemente la anómala genealogía de Prometeo según Esquilo, que lo hace hijo de Temis, diosa de la justicia, indica el conflicto real. Se enfrentan los partidarios de una justicia como sumisión al poder, como estricto cumplimiento del mandato de Zeus, con los partidarios de una fidelidad inquebrantable a la naturaleza común. ¡No es Prometeo el traidor! Lo es Zeus, que está sometiendo a un igual. Hefesto, encadenando a Prometeo, sufre y pena. Océano sufre por él por ser de su sangre. No estamos ante un caso de castigo por hubris o ante la caída de un isotheos, no estamos ante un rebelde al estilo de Camus, que no niega a Dios pero le habla como un igual. Prometeo es un dios, posible alternativa a Zeus como gobernante. Prometeo es descrito durante la obra, por el resto de personajes, en los mismos términos que podrían describir a Zeus.

¡Y su comportamiento! Es arrogante y pagado de sí mismo, ponzoñoso, manipulador, ególatra. Maltrata a Ío, a la que aterroriza; insulta a Hermes, manipula a Océano, invoca a las oceánides para convertirlas en sus palmeras. Como mantiene Dorter, habría poca o ninguna diferencia entre un gobierno de Zeus y uno de Prometeo.

Sí, Prometeo parece representar un orden más próximo al Caos, más básico y natural, siendo sus aportaciones formas de dominar los elementos. No está en su índice de inventos ninguna ley, ninguna asamblea, ninguna argucia política. Ese es el nuevo orden de Zeus, rígido e intratable, pero sujeto a leyes y designios y arbitrajes y mil prudencias, contra sí mismo. Zeus sacrifica a Prometeo, porque no puede destruir la humanidad. Es su chivo expiatorio, su forma de someter aquello que está fuera de su poder, y su forma de reconciliarse con la humanidad. Tras castigar a Prometeo, puede abrazar a los humanos. Estarás aquí hasta que otro dios te suceda en estos trabajos, dirá Hermes a Prometeo. Su sacrificio es simbólico, y con todo no es un mártir.

Mártir, como estudia Shelley en su célebre prólogo a su *Prometeo liberado*, es «el individuo de la naturaleza de más alta perfección moral e intelectual, impelido por los motivos más puros y verdaderos hacia los mejores y más nobles fines». El fin de Prometeo es su libertad, o socavar a Zeus. Es proteger en todo momento el destino, tanto el suyo como el de Zeus como el de los humanos. Su robo del fuego altera los destinos, y estos deben regresar al orden.

Zeus no puede vencer al destino, como bien recuerda Prometeo. Así que no puede castigarlo eternamente. Necesita únicamente el secreto de

Prometeo, para equilibrar de nuevo los Hados, el de Prometeo y el propio.

Finalmente, un descendiente de Ío liberará a Prometeo de sus cadenas. Zeus engendrará con ella a Épafo, cuya hija Libia alumbrará, de Poseidón, a Belus. Descienden de Belus cinco generaciones hasta Dánae, madre de Perseo, cuyo padre es Zeus. Perseo con Andrómeda es padre de Electryon, cuya hija Alcmena, aunque casa con su primo Anfitrión, es madre, con Zeus, de Heracles. Las trece generaciones que Prometeo anticipó a Ío antes de su liberación.

Heracles es el mayor de los hombres. Tras la opresión de Ío, una larga estirpe en la que Zeus va engendrando cada vez con menos violencia y algo más parecido al amor, nace un ser tan excepcional que es un humano amado por Zeus con la fuerza y dominios que Prometeo liberó. Él será mayor que Zeus: porque los destinos de los dioses viejos y nuevos serán en adelante cosa de dioses y no de mortales, y los mortales, llenos de fuego y leales ya sólo a ellos mismos, serán libres.

## BIBLIOGRAFÍA

---

- DORTER, Kenneth: *Freedom and Constraints in Prometheus Bound*. Interpretation 19(2): 117-135 (1992).
- ESQUILO: *Tragedias*. Introducción de Manuel Fernández Galiano. Traducción y notas de Bernardo Perea Morales. Editorial Gredos. (ISBN 84-249-1046-X).
- GOMBROWICZ, E.H.: *A little history of the world*, Book details&editions Yale University Press. (ISBN10: 0300108834).
- HAMILTON, Edith: *The greek way*. Book details&editions. Norton & company (ISBN10: 039335444X).
- ROSE, H.J.: *A handbook of greek mythology*. Taylor& Francis Ltd (ISBN: 9780415046015).
- YUVAL NOAH HARARI : *SAPIENS. De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*. E. Debate (ISBN: 9788499924748, 8499924743).